

moral del hombre (Nietzsche, Gide). Si el bien no es dado ni busca ser aprobado por un cómplice o un acreedor (aunque sea divinizado) entonces resulta de un acto gratuito (o sea, que nadie puede exigir como un crédito) y de una espontaneidad irreflexiva. Moral de la autenticidad, en que lo bueno debe ser querido y no basta con que se ajuste ritualmente a una norma objetiva y acreditada por algún poder.

En este sentido, el moralista ocupa una posición privilegiada, porque produce un discurso donde se razona de la moral de todos, o sea, de los demás. Pero esta moral no es tal sino cuando todos la viven, cuando todos son morales.

Las ideas morales no son nunca, para Sartre, el clásico «deber ser», modelo objetivo y autorizado de conducta a seguir entre acreedor y deudor. Si bien la idea es objetiva porque todos la vemos desde fuera, requiere, para ser moral, subjetivarse, es decir, estar a disposición de la subjetividad creadora, que «agarra» a la idea en su raíz y en su movimiento. La idea objetiva se subjetiviza y empieza a existir a partir de la creatividad moral del hombre. Es así que el repertorio de ideas morales, siendo limitado y dado desde antiguo, alcanza variables de vigencia según las épocas. El mismo Sartre no evita el arrebató de posguerra: «La moral, hoy, debe ser socialista revolucionaria», sometiendo la productividad moral de los sujetos a un deber ser político (que el sujeto de Sartre acabará por no acatar, como es lógico para semejante sartreano).

En cualquier caso, se trata de evitar el peligro de caer en el abismo cristalino, impoluto, del *alma bella*, cuya moral es perfectamente abstracta y sostiene que se puede ser moral en una situación profundamente inmoral. El alma encierra en el yo la hipóstasis (sacralización, agigantamiento) de su propia trascendencia: es objetividad y, al tiempo, más-allá del yo.

No hay bien y mal como categorías inmarcesibles, sino en acto y, más aún, en acto histórico. La moral no atañe al alma, pues, sino al sujeto, y éste es deseo que se extravía, se enajena y trata de realizarse en la historia.

## La moral y la historia

De movida, el filósofo existencialista Sartre suele ponerse radicalmente contra la historia. Lo hace cuando actúa, precisamente, como aquello que, en seguida, le produce cierta repugnancia institucional: el obedecer a la escuela. La persona es, en las páginas de *El ser y la nada*, una «individualidad irreductible». Y si hay tal irreductibilidad esencial *dentro* del individuo, hay algo del hombre que no es histórico, pues no puede compartirse, generalizarse, ni siquiera razonarse sino a partir y dentro del individuo mismo, que es, para colmo, in-dividuo: algo indivisible, que no se puede articular.

He aquí, me parece, el drama central del moralismo sartreano, su imposibilidad de sintetizar moral e historia, pues el bien sería ese constante escapar del deseo al poder que es, también, fuga ante las cristalizaciones de la historia.

Cuando Sartre intenta dialectizar el *instinto moral* irreflexivo, base de la productividad ética del hombre, se encuentra con que la moral, o sea, el ejercicio de la libertad, libera (valga la redundancia) al ser-para-sí de la alienación (valga otra redundancia),

pero ¿con qué resultado? *Convirtiendo la conciencia en un absoluto*. Mas, el hacer y la acción que libera, realizando los fines, ocurren en el espacio de la historia, no en el de la conciencia, ni menos en el de una conciencia que no es relativamente a nada sino a sí misma (absoluta). La acción tiene éxito, aparece un sentido (se produce en la acción, no es un dato oculto a revelar) y el ser se orienta por dicho sentido. Bien, pero, ¿la libertad libera para que la conciencia alcance su estado de absoluto o para que se cumpla un destino más allá de la conciencia, en el mundo objetivo del ser, sobre el cual se inscriben los sentidos? La falta de respuesta en términos sartreanos hace de estos *Cahiers* un fragmento, para colmo, oculto por el pudor de su autor ante sus mismas perplejidades, en tiempos en que muchos miles de lectores acudían a él en busca de las certezas paternas del maestro.

Sartre se desvía del conflicto dedicando numerosas páginas a una posible *filosofía de la historia*. Interesa para este examen la caracterización que hace de la historia como un proceso plural, sin unidad ni continuidad reales (no hay un espíritu que las garantice), no llevado a ningún fin previo (por lo mismo, ajeno a toda estructura de *progreso*, que Sartre advierte comprometida con ambiciones idealistas o positivistas del siglo XIX), proceso de inagotables lecturas que hacen de todo hecho un porvenir (tiempo por venir donde se descifrará lo que hagamos ahora, por ejemplo) y en el cual el hombre es objeto en tanto resultado del proceso mismo y sujeto en tanto productor-producto del proceso, procesador-procesado, obra-autor, etc.

Esta relación dialéctica entre el sujeto y la historia, que es el producto que lo produce, la emergencia en que se sumerge, etc., plantea el problema del *saber histórico*. En efecto, para saber de la historia haría falta convertirla en un objeto, es decir, considerarla desde fuera, como si hubiese terminado. Pero el sujeto humano no puede existir fuera de la historia que lo sujeta, lo constituye y permite su identificación como tal, de modo que todo saber histórico es, simplemente, lo que cada época cree que sabe de sí misma y, finalmente, lo que ignora y yerra respecto de sí misma. En rigor, sólo sabe de una época su posteridad, que es la que alumbrá con el conocimiento la vida del pasado cuando ella está ya definitivamente oscurecida por la muerte.

El vínculo sujeto-historia replantea, de vuelta, otro vínculo: el de la historia y la moral. En la óptica sartreana, la historia no tiene fines inmanentes, propios ni, por tanto, es un proceso evolutivo que encuentra su identidad en su realización conforme a estadios de madurez, valores óptimos, objetivos privilegiados, etc., como en las filosofías etapistas de modelo hegeliano (Comte, Marx, Darwin, Spencer, etc.). La historia es el escenario ineludible pero neutro donde ocurre la realización de la moral, en que el hombre alcanza su propia esencia utilizando la historia como instrumento. No se trata de salvar ni redimir la historia, sino de cumplir con la moral, cuestionando el hombre, éticamente, de modo radical, su propio ser, conforme al principio de que la existencia precede a la esencia.

El cuestionamiento moral básico del hombre es el de la acción. Es lo que Sartre denomina *moral histórica*. Esto permite escapar al mito de la historia, a su absolutismo imperialista, a su divinización, a su adoración como meta y fuente de la verdad, paradigma de las ciencias. Trascendencia helada, la acción humana es una dialéctica implacable que exterioriza la interioridad y viceversa. La moral juega aquí como un

paradójico lugar exterior a la historia que, no obstante, no puede realizarse sino en la historia. El advenimiento de la Moral (con mayúscula, nota bene) como la moralización completa e igualitaria de todos los hombres será el fin de la historia. La Moral, habiéndose cumplido, no necesitará de la historia y la clausurará por superflua.

¿Cuál es el contenido de esta plenitud moral de la humanidad? Sartre evita concretarlo y confiesa que es una abstracción: «Es el fin que se da cuando no hay fines, una cierta manera de tratar a los otros cuando la única relación con ellos es la pura relación ontológica, definida por el *puro reconocimiento formal de su persona universal*». Este subrayado de B. M. señala un cierto eticismo kantiano por medio del cual, desde fuera de la historia, en el mundo del «sentido moral» como sentido común humano, los hombres se reconocen como tales e instauran un orden puramente humano en el terreno de la historia. Este se colma de *humanitas* y su proceso se paraliza.

Moral concreta, lógica de la acción efectiva, sí, pero no maquiavélico sometimiento de los medios a los fines, sino redefinición y constante cuestionamiento ético de los fines mismos. Bien, pero entonces, realizada la moral y finiquitada la historia, ¿qué queda de ese animal histórico llamado hombre? Sartre reconoce que el final de la historia es la muerte. Cabe preguntarse con este discípulo de Heidegger si, una vez más, el horizonte del ser es la muerte, categoría de perfección inmóvil, trascendencia definitiva que supone acabar con las incertidumbres de la historia que son, al fin y al cabo, las incertidumbres de la vida misma. Trascendencia absoluta y muerte son algunas de las características del Dios judeocristiano, suerte de comunidad ontológica de los hombres que, al aparecer al fin de la historia, cambia radicalmente la calidad eventual de ésta. No hay ya contingencia ni, por lo mismo, libertad. El humanismo muestra una intimidad panteísta, a la cual Sartre viste con las especies de la moralidad humana.

En otras palabras, Sartre pone como meta de la historia, fijada trascendentemente desde la instancia moral, a la Ciudad de los Fines, en que cada hombre reconoce en los demás su carácter de fin. Entretanto, el proceso histórico es el constante otro, o sea el devenir lo opuesto de lo que se es (objetividad de lo subjetivo, opacidad de la conciencia, valor degradado en interés, interés elevado a valor, etcétera): los hombres en tanto son todos para cada uno y viceversa, cada uno para todos los otros, alteridad infinita. Esto hace de la historia el reino del azar en que cada hombre encuentra su destino en todos los demás hombres y cada uno de los demás. El espíritu intenta salir de esta alteridad, la libertad salir de esta alienación y así pasa el tiempo, sin que el proceso se cierre, por lo que la Ciudad de los Fines acaba confinada en esa isla que no figura en los mapas y que se suele llamar Utopía. El fin de la historia está en ninguna parte y en cualquier parte.

La historia es, pues, algo que se crea en un tiempo vacío e inexpresivo, que no aporta ni se lleva nada, algo que existe pero que no tiene naturaleza, que, por lo mismo, no es necesario y en que todo se hace libremente. Es invención y creación, hechos que suceden porque Dios está ausente y su falta infinita mueve a ser llenada infinitamente, tarea que la muerte acucia con su poder de colocar fronteras y límites a todo lo existente. El hombre histórico, opresor u oprimido, es inauténtico y trata de legitimarse a sí mismo hasta alcanzar una categoría de derecho divino, ocupando